

§ III.—Influencia civilizadora del buddhismo.

N.º 1.—El buddhismo en la India.

La India es la cuna del buddhismo; ha reinado allí durante siglos, y aún ha sido lo que llamamos religion del Estado: príncipes poderosos la abrazaron y trabajaron con ardor por propagarla. La caridad, principio esencial de la *buena ley*, ¿ha modificado la política y las relaciones internacionales de la India bajo el gobierno de los discípulos de Buddha? Por una rara felicidad poseemos una respuesta casi auténtica á esta cuestion. El más célebre de los reyes buddhistas, *Asoka*, ha tenido el cuidado de hacer constar sus sentimientos y sus actos en inscripciones que el celo de los sabios ingleses ha puesto en claro. Gracias á estos documentos, nos es posible ver la doctrina buddhista en práctica.

Asoka no se convirtió á la nueva fe hasta despues que subió al trono. Sus primeros actos nos muestran en él uno de esos rajahs de la India que llevan el despotismo hasta la crueldad. Para abrirse el camino del poder, mató á todos sus hermanos. La leyenda le atribuye rasgos de locura. Mandó cortar todos los árboles que produjesen flores ó frutos y conservar los que produjesen espinas; habiéndose resistido los ministros, *Asoka* mismo les cortó las cabezas: eran quinientos. Otra vez hizo quemar sus quinientas mujeres. El pueblo le puso el sobrenombre de *Furioso*. El primer ministro del rey le hizo presente que no era conveniente que desempeñase él mismo el oficio de ejecutor, que debia establecer hombres encargados de dar muerte á los que fuesen condenados. *Asoka* nombró un verdugo. Éste, digno agente de un príncipe insensato, le pidió como favor que los que pusieran el pié en su casa no pudieran ya salir. El Rey le respondió: «Así sea.» Un religioso entró, sin saberlo, en la habitacion del verdugo y fué condenado á sufrir la sangrienta ley. Arrojóse en un caldero hirviendo; pero el fuego no alcanzó al santo personaje. El religioso aprovechó

esta circunstancia para convertir á *Asoka*, testigo del milagro (1).

La conversion fué completa. El Rey se ocupó sin descanso de la felicidad de sus súbditos. Se acusó públicamente de haber abandonado este deber anteriormente. Sus preocupaciones religiosas no le impidieron pensar en la mejora de la condicion material de los hombres; empleó sus riquezas en fundar establecimientos de beneficencia, prodigó sus tesoros á los religiosos para ponerlos en situacion de ejercer la caridad, que es su primer deber, y para favorecer la propagacion de la *buena ley*, fuente de su beneficencia (2).

La caridad que animaba al rey buddhista no le llevó solamente á obras de beneficencia material. Quiso mejorar á los hombres, segun la bella máxima de Buddha de que la conversion es la mejor de las limosnas; trató de reprimir las malas pasiones y de desarrollar las buenas inclinaciones.

La humanidad, virtud tan rara en la antigüedad, acompañaba al Rey hasta en el campo de batalla. Una de sus inscripciones hace constar que despues de la toma de una ciudad, los prisioneros no fueron ni muertos ni reducidos á esclavitud. La guerra ocupa un pequeño lugar en la vida de *Asoka*; habia una gloria que presentaba para él más atractivos que el estrépito de las armas, y es la conversion de todos los hombres á la doctrina de Buddha. Citemos sus palabras: «Piyadasí, el rey querido de los Devas, piensa que ni la gloria ni la fama tienen gran valor. La única gloria que desea para sí es ver á sus pueblos practicando largo tiempo la obediencia á la ley y cumpliendo todos los deberes que la misma les impone. Tal es la única gloria y la única fama que desea Piyadasí; porque todo el heroísmo que él puede desplegar es en consideracion al otro mundo. ¿Quién no sabe que toda gloria aprovecha bien poco, y que, por el contrario, muchas veces destruye la virtud?» (3).

Este Rey, tan celoso por la propagacion de la *buena ley*, dueño de casi toda la India, no pensó en recurrir á la fuerza ni en ofrecer favores para conseguir la conversion de sus súbditos. Hizo

(1) BURNOUF, *Introduccion*, p. 365.—LASSEN, t. II, p. 225.

(2) LASSEN, t. II, p. 254, ss.—BENFEY, *Encyclopédie d'Erseh*, S. II, t. 17, p. 70.—BURNOUF, *Introduccion*, p. 42; 430.

(3) BURNOUF, el *Lotus de la buena ley*, p. 659.

más, aseguró completa libertad y áun igual proteccion á todas las creencias. Como sus súbditos, en su celo, no siempre imitaban su profunda caridad, les recomendó el Rey la tolerancia por un edicto, único en la historia de la humanidad; transcribiremos algunos pasajes: «Piyadasí ensalza todas las creencias; y lo hace, ya por medio de limosnas, ya por muestras de respeto; pero el rey no tanto estima las limosnas y muestras de respeto como lo que puede aumentar esencialmente la consideracion y la buena fama de todas las creencias. Ahora bien, el punto capital para toda creencia es el ser alabada..... No debe ensalzarse más que su propia creencia, pero jamas condenar las de los demas. Áun hay circunstancias en que la creencia de los demas debe ser ensalzada..... ¡Puedan los hombres de todas las creencias aumentar en saber y prosperar en virtud!» (1).

Asoka no tenía más preocupacion que la de instruir á sus pueblos en la *buena ley*, para procurar su salvacion. Sus edictos eran lecciones oficiales de moral; para que sus enseñanzas estuviesen siempre á la vista de sus súbditos, las hizo grabar en veinte sitios de la India, al Oeste, al Este, al Norte; ordenó que se leyeran al pueblo sus instrucciones, á lo ménos cada cuatro meses, por la asamblea de los religiosos, y en los intermedios, áun por un solo religioso. Uno de los edictos de *Asoka* nos enseña que estas predicaciones reales produjeron sus efectos: «En tiempos pasados, durante numerosos siglos, vióse practicar únicamente la muerte de seres vivientes, la mala intencion hácia las criaturas, la falta de respeto hácia sus padres..... Desde que la voz de la ley se ha dejado oír, desde que el Rey ha dado orden de practicarla, se ha visto lo que en muchos siglos no habia sucedido; han cesado el dar muerte á los seres vivos, y la malignidad respecto de las criaturas; el respeto á los padres ha aumentado: estas virtudes y otras prácticas recomendadas por la ley han prosperado» (2).

Un filósofo frances, adversario declarado del buddhismo, deduce de estos edictos que «la inmensa y felicísima influencia de la moral buddhista sobre los individuos y sobre los pueblos, está ya

(1) BURNOUF, el *Lotus de la buena ley*, p. 762.

(2) B. SAINT-HILAIRE, en el *Journal des Savants*, 1854, p. 652.

fuera de duda. Es un gran resultado, añade *M. Barthélemy Saint-Hilaire*, y que debe ocupar en adelante su lugar en la historia de la humanidad» (1). Sin embargo, el mismo escritor dice acerca de la expulsion de los buddhistas del territorio de la India: «La pretendida reforma, dice, no era más que un mal mayor; el brahmanismo, con todos sus defectos, áun valia más que ella. La reforma desapareció para dejar un merecido lugar á la vieja creencia, y quedó reducida á no infectar más que las naciones próximas, tan degradadas que áun encontraron en ello un progreso» (2). No se expresaria de otro modo si se tratase de la peste ó del cólera. ¿Cuál es, pues, el vicio que infecta al buddhismo y que hace de él una especie de enfermedad contagiosa?

No negarémos las críticas que se le pueden dirigir. Si no desconoce la existencia de Dios, se funda al ménos en un falso concepto de la Divinidad: la menor acusacion que sobre él pesa es la de confundir el sér universal con los seres particulares, y la de que la emancipacion que promete á sus sectarios es en realidad el no ser. Tratando de apreciar el buddhismo bajo el punto de vista de la filosofía moderna, no dudamos un momento en condenarlo; pero aquí le comparamos con el brahmanismo. Ahora bien, si alguna cosa puede afirmarse acerca de las relaciones entre ambas religiones, es que la una procede de la otra. No hay más que una sola opinion sobre este punto entre los indianistas: *Burnouf* dice que los buddhistas tomaron de los brahmanes sus concepciones fundamentales y hasta las exageraciones que se les imputan: *Ch. Weber* dice que el buddhismo no presenta novedad alguna, que es idéntico en el fondo con la doctrina de los brahmanes (3). Es cierto que el brahmanismo habla mucho de los dioses y de los sacrificios que deben hacerseles, mientras que *Buddha* no dice una palabra de la Divinidad, y se contenta con excitar el sentimiento del deber: de aquí la terrible acusacion de ateísmo. La apreciaremos más adelante; por ahora, preguntaremos á *M. Saint-Hilaire*

(1) *Ibid.*, p. 657.

(2) B. SAINT-HILAIRE, en el *Journal des Savants*, 1855, p. 253.

(3) BURNOUF, el *Lotus de la buena ley*, p. 816, s. — CH. WEBER, *Ultimos resultados de los trabajos sobre la India antigua*, en la *Revue Germanique*, t. II, página 293.

de qué servía el panteón brahmánico. Él nos responderá. Acusa á los brahmanes de haber alterado la creencia de los Vedas, de ser muy afectos á los elementos supersticiosos que encerraban para cultivarlos, ¿y con qué fin? con un fin de dominación. El filósofo francés pronuncia esta deshonrosa sentencia sobre los sacerdotes de la India: eran *hipócritas*, *charlatanes* y *juglares* (1). ¿Qué habían hecho del pueblo indio sobre el que ejercían un incontestado poder? *M. Saint-Hilaire* responde: «El hecho general que aparece en las leyendas de toda clase es que la sociedad india estaba *profundamente corrompida* en el momento en que Buddha apareció» (2). ¿Por qué el brahmanismo venció al buddhismo? ¿Es que los dioses triunfaron sobre una religión atea? «La moral buddhista, dice *Ch. Weber*, era demasiado rígida, los brahmanes atrajeron al pueblo hacia los *ídolos de su fantasía sensual* y hacia *cultos que excitaban cada vez más exclusivamente la voluptuosidad ó el terror*» (3). ¿Podían semejantes dioses ejercer una influencia favorable sobre las costumbres? Nosotros tenemos en el mundo cristiano una escuela de moral fácil; los jesuitas, por relajados que se los suponga, encontraron sus maestros entre los brahmanes. Ciertamente que la noción de Dios es capital; pero cuando no sirve más que para corromper la inteligencia y el corazón, ¿no vale más una moral pura? Juzgue el lector: «La secta de *Vichnú* enseña que importa poco la manera y los sentimientos con que se piensa en el Dios que se adora, con tal que se piense; porque este Dios guarda la misma recompensa para el impío que le persigue con su furor, que para el devoto que se esfuerza en unirse á él en el éxtasis del amor contemplativo; hay más: no se identifica tan seguramente el hombre á la naturaleza de *Bhagavat* por la práctica de la devoción, como por el sentimiento del odio» (4). ¡Admírese, pues, el deísmo brahmánico con tales extravagancias!

Después de todo, la noción de Dios no tiene importancia más que para fundar en ella el edificio de la moral y de la sociedad.

(1) B. SAINT-HILAIRE, *Buddha*, p. 43.

(2) *Journal des Savants*, 1854, p. 641.

(3) CH. WEBER, en la *Revue Germanique*, t. II, p. 294.—Compárese PAVIE, en la *Revue des deux mondes*, 1858, t. I, p. 275.

(4) BURNOUF, *Bhâg. Pur.*, t. III; Prólogo, p. VI y lib. VII, p. 1, 25, 26.

No compararemos la moral de la *buená ley* con la de los brahmanes; los mismos adversarios del buddhismo confiesan que en este terreno es superior á la doctrina brahmánica. ¿Qué sucedería si comparásemos ambas religiones en sus consecuencias sociales? Es de la esencia de la religión el unir á los hombres en Dios, mientras que el brahmanismo, por una especie de sacrilegio, refiere á Dios el principio de la división más radical, más irremediable que ha viciado á una sociedad. ¿Perezca la falsa concepción de Dios, si conduce á divinizar y perpetuar las castas! No titubeamos en preferirle una religión sin Dios, si enseña y practica la santa ley de la igualdad. El buddhismo encerraba un germen de progreso, la destrucción de las castas. Aproximaba al Oriente la doctrina que reina en Europa; podía hacer de la India una nación bastante fuerte para mantener su independencia. El brahmanismo, aumentando hasta lo infinito el espíritu de división, entregó la India sin defensa al extranjero (1).

¿Ha dejado el buddhismo alguna señal en la India, donde ha reinado durante siglos? La falta de monumentos no nos permite contestar á esta cuestión. Un sabio orientalista piensa que la secta de los *Djainas* está relacionada con el movimiento de reforma llevado á cabo por *Sakya*; su doctrina parece ser una tentativa de transacción entre el brahmanismo y el buddhismo (2). Aun hoy hay sectas que desechan las castas; ¿estarán inspiradas en la *buená ley*? Por lo ménos merecen una mención en nuestros *Estudios*.

El autor del *Cristianismo de las Indias* (3) habla de un profeta que echa en cara á los brahmanes su doctrina de las castas. «La lluvia del cielo, decía, ¿cae con alguna diferencia sobre los unos y sobre los otros? ¿Distribuye el sol con desigualdad su luz? El género humano es uno, como Dios es un solo Dios.» *Lacroze* menciona además una secta que no hace distinción de castas: «¿No tenemos todos, dicen ellos, el mismo origen? ¿No tenemos todos la misma lengua y las mismas leyes? Vivimos y morimos todos de la misma manera; ¿por qué, pues, establecer una distinción en

(1) LASSEN, t. II, p. 441.—BENFEY, *Encyclopédie d'Ersch*, s. II, t. 17, p. 75.—PAVIE, *Revue des deux mondes*, 1858, I, 281.

(2) BENFEY, *Encyclopédie d'Ersch*, s. II, t. 17, p. 206.

(3) LACROZE, *Historia del cristianismo de las Indias*, t. II, p. 297-298.

el género humano?» Estos sentimientos de igualdad se han transmitido hasta nuestros días. *Dubois* nos enseña que existe entre los linganistas una secta que rechaza la distincion de castas; sostiene que el *lingam* hace á todos los hombres iguales; áun un pária que abraza este culto no es á sus ojos inferior á un brahman: «Allí, donde se encuentra el *lingam*, dice ella, allí se encuentra el trono de la divinidad, sin distincion de rango ó de personas; la humilde choza del pária, donde se encuentra este signo sagrado, está bien por encima del suntuoso palacio en que no se encuentra» (1).

Así, en medio del mundo oriental, cuna y asiento del dogma de la desigualdad natural de los hombres, la verdad se ha abierto paso. Si no ha llegado á rescatar á la India de la omnipotente influencia de los brahmanes, ha sembrado al ménos el gérmen que se desarrollará algun dia bajo la inspiracion de la civilizacion europea.

N.º 2.—*El buddhismo en la China.*

El buddhismo penetró en la China mucho tiempo ántes de su expulsion de la India; ha llegado á ser la creencia de la mayor parte del Celeste Imperio. Los historiadores dicen que la buena ley no produjo sobre los Chinos la bienhechora influencia que podria atribuirse á una religion de caridad y humanidad: «Humilde en un principio, dice *Klaproth*, y despreciada por los letrados, influyó favorablemente sobre el espíritu grosero é ignorante del pueblo; pero cuando los sacerdotes tuvieron la ambicion de hacer de su fe la religion del Estado, la pacífica y humana doctrina de Buddha se convirtió en un instrumento de intriga, de revoluciones y de opresion» (2). Es difícil formar juicio sobre lo concerniente á la China, objeto de las apreciaciones más contradictorias. Un hecho recogido por la historia atestigua, sin embargo, que el buddhismo no perdió su espíritu de humanidad al pasar á la China: un emperador adicto á la buena ley (3), abolió la pena de muerte en

(1) DUBOIS, *Usos y costumbres de los Indios*.

(2) KLAPROTH, *Cuadros históricos*, p. 62.—PAUTHIER, *La China*, p. 257.

(3) PAUTHIER, *La China*, p. 277.

nombre de una creencia que manda respetar la vida de todos los seres. Si el buddhismo no conmovió más profundamente las almas en el Imperio del Medio, fué porque habia una radical oposicion entre el carácter de la sociedad china y la religion india.

Los buddhistas llevaban un culto extranjero á una nacion pagada de sí misma, y que desdénaba todo lo que viene de fuera; esta religion predicaba el celibato, debilitaba los lazos de la familia, el respeto de los antepasados, fundamento de la sociedad china; enseñaba la nada del mundo á una raza esencialmente positiva. Lo que debe admirarnos en vista de las tendencias contrarias del buddhismo y del pueblo á que se dirigia, es que haya encontrado acceso en el Imperio Celeste (1). Una vez que echó raíces, la oposicion misma entre el genio de la India y el espíritu de la China produjo un movimiento considerable en los espíritus. Los buddhistas tenian contra sí el cuerpo de los letrados; fué preciso luchar científicamente con ellos; pusieron á traducir al chino los textos sagrados de su religion; el estudio de los monumentos de la sabiduría china era una necesidad igualmente imperiosa (2).

El contacto de dos razas y de dos civilizaciones esencialmente diferentes ha debido influir sobre la una y sobre la otra. ¿Cuáles fueron las modificaciones que la China impuso al buddhismo? ¿Cuál la influencia de la India sobre la China? Nos faltan testimonios para contestar. La ciencia europea ha revelado, sin embargo, monumentos curiosos, que atestiguan que el buddhismo produjo sobre los Chinos una impresion más profunda de lo que generalmente se cree.

Durante seis siglos, peregrinos chinos han ido á la India, á unas mil leguas de su patria y á traves de mil peligros. El objeto de estos piadosos viajeros era avivar la fe de la China buddhista, en los orígenes mismos de la buena ley. Llegados á la India, debian primeramente los peregrinos aprender la lengua en que estaban escritos los libros canónicos del buddhismo. Reconocian en seguida la tierra sagrada del Ganges, recogian allí las tradiciones sobre

(1) SCHOTT, *über den Buddhismus*, p. 181, 182.

(2) RÉMUSAT, en su *Memoria sobre un viaje al Asia central, verificado á fines del siglo IV de nuestra era, por varios Samaneos de la China* (*Memorias del Instituto*, t. XII), da algunos detalles sobre este movimiento literario.

Buddha, visitaban los lugares que habia consagrado con su presencia, y los monumentos erigidos en su honor; consultaban á los doctores más ilustres sobre las dificultades de la teología buddhista; procurábanse libros santos de su religion con comentarios, y se tenían por dichosos cuando podian añadir estatuas de Buddha, y algunos pedacitos de sus preciosas reliquias. Despues de quince ó veinte años de trabajos, volvian á su patria y pasaban el resto de su vida traduciendo los tesoros teológicos que habian reunido, á fin de afirmar á los buddhistas chinos en el único camino que conduce á la salvacion final (1). A principios del siglo VIII de nuestra era, la multitud de obras indias traducidas al chino era tal, que hubo que formar extensos catálogos. La dinastía que ahora reina en la China ha hecho reimprimir todos los monumentos del buddhismo; esta inmensa coleccion forma más de 1.392 volúmenes en fóllo (2). Los orientalistas franceses han dado á luz las narraciones de los viajes hechos por los peregrinos chinos; no hay escritos más interesantes para apreciar la influencia del buddhismo, ya sobre la India ya sobre la China. Detengámonos un momento sobre el más piadoso y más sabio de los peregrinos chinos, *Hiouen-Thsang* (3).

Dícese que el buddhismo es la religion del ateismo. Si así fuese, preciso es confesar que el ateismo produce sentimientos tan elevados como la nocion más verdadera que podamos concebir de la Divinidad. El peregrino chino nos dice, él mismo, cuál fué el objeto de su viaje: «Estaba vivamente afligido de que nuestros libros sagrados estuvieran incompletos y de que su interpretacion ofreciese sensibles vacíos. Olvidando entónces el cuidado de mi propia vida, y arrostrando todos los peligros, hice juramento de ir al Occidente á buscar la ley que Buddha habia legado al mundo.» Nada diríamos de los peligros de su viaje, si la piedad del peregrino buddhista no resplandeciese en él á cada paso. Atraviesa desiertos, donde no tiene más guia que los huesos de los viajeros que ántes que él habian tratado en vano de pasar. Durante cuatro noches y cinco dias, ni una gota de agua humedeció su boca; un

(1) B. SAINT-HILAIRE, en el *Journal des Savants*, 1857, p. 345.

(2) *Ibid.*, 1855, p. 157-160.

(3) *Historia de la vida de Hiouen-Thsang y de sus viajes á la India*, traducción del chino, por Stanislas Julien, 1853.

ardor devorador quemaba sus entrañas, poco faltó para que sucumbiera. Cuando se encontraba en peligro de muerte, decía: «Más quiero morir yendo hácia el Occidente, que volver hácia el Este para vivir al í.» Obstáculos más difíciles de vencer que los desiertos, las montañas y los precipicios le esperaban; el favor de los reyes, que trataron de retener al sabio de la China, unas veces con lisonjas, otras con amenazas; resistió á los homenajes como á las violencias, hasta el punto de querer dejarse morir de hambre ántes que renunciar á su peregrinacion. Su santa obstinacion fué coronada de éxito: despues de haber andado cinco mil leguas en un viaje de diez y siete años, entró en China donde pasó el resto de su vida traduciendo los libros canónicos del buddhismo. Para caracterizar esta piadosa existencia no podemos hacer cosa mejor que ceder la palabra á un escritor que ha hecho del buddhismo una crítica vigorosa hasta la injusticia:

Hiouen-Thsang se instruye, viaja, traduce para propagar la ley de Buddha; hé aquí su vida entera, tan sencilla como grande, tan modesta como laboriosa, tan desinteresada como enérgica. Lo que hay sobre todo de notable en la vida íntima de esta alma, es que no tiene nada de ese secreto egoismo que puede echarse en cara con tanta razon á la fe buddhista. La idea de la salvacion no preocupa á *Hiouen-Thsang*; no piensa jamas en sí mismo; piensa en Buddha á quien adora con todas las fuerzas de su alma y de su corazon; piensa, sobre todo, en los demas hombres á quienes quiere iluminar y salvar; es un sacrificio perpétuo de que parece no tener él conciencia; y, en este abandono absoluto á los intereses de otro, no advierte siquiera que ejecuta un acto tan sublime como ingénuo y sincero. No se cuida ni por un momento de su propia persona. Despreciar las riquezas, los honores, el poder y todos los goces de la vida es un mérito ya bastante raro; pero no pensar ni áun en la salvacion eterna, cuando se cree en ella firmemente, haciendo cuanto es preciso para ser digno de ella, es un mérito más raro y más delicado todavía, y hay bien pocas almas entre las más piadosas que hayan llevado el desinterés hasta el extremo límite donde no se encuentra más que la pura idea del bien. *Hiouen-Thsang* es una de estas almas superiores... Sin participar en nada de la extraña fe que le anima, sería de desear que la mayor parte

de los hombres que viven bajo una fe mejor tuvieran aquella recititud de intenciones, aquella dulzura, aquella caridad, aquella generosidad sin límites, aquella elevación de sentimientos que no se desmienten en las pruebas más peligrosas» (1).

Hé aquí el retrato de un ateo, que honraria á un santo. Y, nótese bien; el elogio hecho de Hiouen-Thsang, alcanza á Buddha: las virtudes que distinguen al peregrino chino son virtudes inspiradas por la *buena ley*. Nosotros notamos el hecho porque es decisivo para la apreciación del buddhismo. En vista de todo esto, podemos admitir como una verdad cierta, que la religion de Buddha tiene el poder, no solamente de extender una moralidad más ó ménos vulgar, sino de formar naturalezas superiores. Podemos también hacer constar que el buddhismo ha inspirado sentimientos religiosos á un pueblo á quien se ha querido declarar ateo. Ha sido un lazo intelectual entre la India y la China. ¿No es esto cumplir la mision más elevada de la religion?

N.º 3.—*El buddhismo entre los Bárbaros.*

La China estaba ya civilizada cuando se introdujo en ella el buddhismo. El ejemplo del Bajo-Imperio prueba cuán difícil es á la religion el transformar las viejas sociedades; para una doctrina nueva, es menester una raza jóven. El cristianismo regeneró el mundo romano con ayuda de los Bárbaros del Norte. Así fué también cómo el buddhismo ejerció la acción más poderosa sobre las naciones bárbaras. Los pueblos reconocidos conservaron el recuerdo de su conversión á la *buena ley*, como la época de una nueva vida moral. Los Siameses dicen que Buddha comenzó su predicación mostrando á los hombres lo criminal de la devastación y el pillaje; que les enseñó á cultivar la tierra, y que los indujo á la paz entre sí y con toda la creación (2). En Ceilan, la agricultura, la instrucción, los establecimientos de beneficencia, el carácter de los habitantes, todo atestigua la influencia favorable del buddhis-

(1) B. SAINT-HILAIRE, en el *Journal des Savants*, 1855, p. 686, s.

(2) STHUR, *Die Religions systeme der Völker des Orients*, p. 296.

mo (1). Cuando los Tibetanos fueron visitados por los misioneros indios, eran casi salvajes: no tenían nada de humano, dicen los historiadores buddhistas, ni aún la forma del cuerpo (2); su religion era un culto sangriento, terrible, nacido del temor. Los sacerdotes extranjeros aparecieron allí como mensajeros celestes: llevaron la paz y la humanidad (3), principio de una civilización superior.

La religion de Buddha ha civilizado también á los pueblos nómadas de la Tartaria. Tenemos un precioso testimonio del influjo ejercido por el buddhismo sobre los Mongoles: una historia de los Mongoles orientales escrita por un Mongol (4). En esta crónica domina el espíritu religioso; como nuestros analistas de la Edad Media, el historiador no se cuida más que de los acontecimientos que se refieren á su fe. Pueden seguirse, en sus narraciones y en la notas del sabio traductor, los esfuerzos que hicieron los príncipes buddhistas por humanizar un pueblo que pertenecía á la más bárbara de todas las razas. Hemos visto en *Asoka* el tipo de un monarca inspirado por la *buena ley*. Entre los Mongoles se presenta el mismo espectáculo; pero entre ellos todo estaba por crear: agricultura, instrucción, dulzura de costumbres y de sentimientos (5). La transformación fué completa: «Los feroces nómadas del Asia Central, dice *Klaproth*, han sido convertidos por el buddhismo en hombres dulces y virtuosos» (6). Antes de su conversión, los Mongoles espantaron al Asia por sus atrocidades. Degollaban tribus enteras: los únicos monumentos que dejaban á su paso eran montones de cadáveres; las ciudades, y cuanto recordaba la civilización, eran presa de una completa destrucción. Este mismo pueblo se sometió á una religion que considera como el mayor pecado el matar á un sér vivo, siquiera sea un insecto (7).

(1) *Ibid.*, p. 288.—RITTEB, *Asien*, t. VI, p. 234.—LASSEN, t. II, p. 419.

(2) SCHMIDT, *Geschichte der Ostmongolen*, p. 461.

(3) PAVIE, *El Tibet (Revue des deux mondes)*, 1847, t. III.

(4) *Geschichte der Ostmongolen, übersetzt von SCHMIDT*, 1829.

(5) SCHMIDT, *Geschichte der Ostmongolen*, p. 31, 329.

(6) KLAPROTH, *Journal Asiatique*, 1.ª serie, t. IV, p. 9, y *Cuadros históricos*, p. 62.—RÉMUSAT, *Misceláneas póstumas*, p. 383; *Investigaciones sobre los Tartaros*, p. 224.

(7) SCHMIDT, *Geschichte der Ostmongolen*, Prólogo, p. XVI.